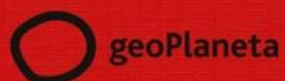


**Ana Velasco
Molpeceres**



HISTORIONES
DE LA
MODA



A la venta el 19 de noviembre de 2025



HISTORIONES DE LA MODA

Ana Velasco Molpeceres

Del sari al *smoking*, del chándal al chapín: un desfile de prendas con alma. Más de cien historiones sobre ropa, moda y lo que dicen de nosotros.

¿Sabías que los marineros británicos popularizaron la trenca? ¿Que la *bomber* nació para rescatar pilotos caídos? ¿O que el *smoking* empezó como una chaqueta para fumar en casa? ¿Por qué los romanos vestían a sus hijos con collares protectores? ¿Qué tiene que ver Audrey Hepburn con el origen de las bailarinas?

La moda no es solo pasarelas y tendencias: es historia, geografía, identidad, guerra, revolución... y hasta ciencia ficción. En este libro lleno de sorpresas, Ana Velasco Molpeceres recorre con humor, inteligencia y muchísima curiosidad el fascinante mundo de la ropa y los accesorios. Desde el sari hasta las chanclas, pasando por la corbata, el mono, el kimono, el chándal o el reloj de pulsera, cada prenda tiene un pasado insólito y un relato que contar.

«La moda no es un espejo frívolo donde se contemplan los caprichos del tiempo; es un archivo vivo, un cofre secreto en el que las generaciones guardan sus miedos, sus pasiones y sus sueños. Basta acariciar una tela antigua para sentir el latido de quienes la vistieron e imaginar las sombras de ese tiempo. La ropa es un idioma universal, escrito con agujas y teñido con la savia de las culturas, que habla incluso cuando callamos.

Este libro nace de la certeza de que **cada prenda es una historia**, y que cada historia tiene el poder de iluminar un rincón de la memoria colectiva. **No hay tejido o prenda inocente:** cada manto, vestido o zapato ha sido testigo de batallas y celebraciones, de besos robados y de huidas desesperadas. La tela envuelve, protege, pero también delata. Dice de dónde venimos, quiénes somos, qué anhelamos, qué tenemos e incluso qué tememos. A veces es bandera; otras, escudo y, en no pocas ocasiones, herida.

Desde el principio, el cuerpo humano buscó refugio no solo contra el frío o el sol, sino contra la desnudez misma, contra el vértigo de reconocerse tan frágil. **Vestirse fue el primer relato que nos contamos a nosotros mismos:** un tejido sobre la piel para recordarnos que no estábamos solos, que pertenecíamos a un grupo, a un tiempo, a una historia. Detrás de una simple prenda se esconde la huella de soldados ateridos en trincheras húmedas, la resistencia de pueblos que se negaron a ser borrados por la historia, la osadía de una generación que se atrevió a desafiar las normas o la urgencia de un mundo que aprendió a medir el tiempo en guerras y despegues. **Así, la moda se convierte en relato. No solo nos viste, también nos cuenta».**

***Historiones de la moda* es una invitación a mirar la ropa de otra manera. A dejar de verla como consumo rápido y descubrirla como relato profundo. A entender que, tras cada costura, se esconde una voz que pide ser escuchada.**



GABÁN: EL ORIGEN DEL ABRIGO

En *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, publicada en 1554, Lázaro, un niño pobre que narra cómo sirve a varios amos en un mundo dominado por la miseria, la hipocresía y la necesidad, cuenta que roba su gabán a un escudero al que sirve. Este es un hidalgo que vive de apariencias: presume de honor y dignidad, pero sufre hambre en silencio y no tiene ni con qué pagar la casa en la que vive o los servicios de Lázaro. Por ello, un día, roba su gabán, lo vende y con ese dinero huye. Un siglo después, era común entre campesinos. En la primera parte del *Quijote*, los criados de los yangüeses, unos arrieros asturianos, se quitan los gabanes antes de pelear con don Quijote y Sancho. Y este, en la segunda parte, explica a su señor que él no lo lleva porque «le hacía calor», confirmando que era una prenda de abrigo, habitual en los caminos.

Desde sus primeras menciones, el gabán se caracteriza por ser una prenda larga, de línea recta, sin entalles, con mangas amplias (aunque no siempre), y generalmente de paño grueso de lana. Se diferenciaba de la capa o manto en que era cerrado al frente y se vestía como un abrigo moderno, aunque sin el ajuste al torso ni la sastrería posterior. El corte era rectangular o ligeramente evasé (algo abierto hacia abajo), con cuello bajo o sin cuello, y a menudo sin botones, simplemente sujeto con una faja, correa o cruzado sobre sí mismo. Algunas variantes campesinas llevaban una capucha o esclavina, herencia directa de los capotes de monte españoles, típicos de regiones frías.

La elección de lana gruesa no era estética, sino funcional: el gabán estaba pensado para resistir climas rigurosos, especialmente en zonas de montaña o campo abierto. La rugosidad del tejido y el peso eran parte de su valor.

Se usaba en los siglos XVI y XVII como una prenda de respeto, de invierno y de cierto estatus, a medio camino entre la capa castellana y la ropa talar. En el mundo rural español, sobre todo en Castilla y Aragón, el gabán de paño oscuro —a veces adornado con vueltas o forros de otro color— fue una prenda habitual entre labradores y ganaderos acomodados.

BIKINI: ÁTOMOS Y CABARÉS

La diosa madre de Çatalhöyük (c. 5600 a. C.) ya aparece representada, entre leopardos en la Anatolia del Calcolítico, con algo similar a un bikini. Una de las primeras menciones literarias de una prenda femenina asociada al pecho aparece en la *Ilíada*: Hera, buscando seducir a Zeus, le pide ayuda a Afrodita, quien le entrega una especie de cinturón o banda mágica —llamado a veces «faja de Afrodita»— que debía colocarse sobre el pecho a modo de sujetador.

En la civilización minoica, hacia el 1600 a. C., hay representaciones femeninas —como las llamadas «diosas de las serpientes» de Creta— con el busto al aire y la cintura ceñida por una especie de corpiño que empujaba los pechos hacia arriba, claramente resaltados. En la Antigua Grecia existen figuras de Artemisa con arneses en forma de Y, que cruzaban el pecho, probablemente para sujetar un carcaj, pero que también moldeaban visualmente la figura. Todos estos antecedentes están emparentados con lo que en época clásica se llamó en latín *stróphion* o *strophium*: una banda de tela atada sobre el busto, semejante a los *bandeau* actuales, los sujetadores sin tirantes ni copas.

Este tipo es el que llevan las célebres jóvenes retratadas en los famosos mosaicos de la Villa del Casale, en Sicilia, datados en el siglo IV d. C. Allí, varias mujeres practican deportes ligeras de ropa, con bragas cortas y bandas en el pecho: lo más parecido a un bikini antiguo. No obstante, no es fácil saber cuál era la función de estos protobikinis ni cuál era la profesión o actividad de estas mujeres. Además, aunque las bandas para el pecho se mencionan en algunas obras de teatro, en las estatuas clásicas resulta obvio que no hay ningún tipo de sujetador, ya que se puede ver con claridad la forma del seno y el pezón. En lo relativo a las bragas, igual que los calzoncillos, no fueron prendas habituales en la antigüedad, aunque se sabe que se usaban en contextos bélicos y deportivos para proteger los genitales. Se cree que, de forma cotidiana, las mujeres debían anudar su túnica interior, lo que luego fue la camisa, cuando menstruaban. Pero, hasta épocas muy recientes, el conjunto de braga y sujetador, el equivalente al bikini, no estuvo extendido.

El verdadero cambio vino tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la moda de tostarse al sol, por el desconocimiento de los estragos que los rayos ultravioletas causaban en la piel, animó a muchas mujeres a recoger sus bañadores para broncearse mejor. Entonces, en julio de 1946, el ingeniero francés **Louis Réard**, cuyo interés por la moda venía de la tienda de lencería que regentaba su madre, decidió crear una prenda



de baño con la mínima cantidad de tela posible: el bikini. Lo bautizó así en referencia al atolón Bikini, en el Pacífico, donde Estados Unidos acababa de realizar pruebas nucleares. Réard pensaba que su diseño no era solo una prenda, era una explosión cultural. De hecho, su pequeña creación era tan escandalosa que ninguna modelo quiso lucirlo. Fue una *stripper*, **Micheline Bernardini**, quien lo presentó al público en la piscina Molitor de París, con una versión muy reveladora para la época, aunque bastante conservadora para la actualidad.

(...) En los años cuarenta y cincuenta, aparecieron los tejidos sintéticos como el nailon y el elastano, que revolucionaron la ropa de baño: se secaban más rápido, se ajustaban al cuerpo y permitían moverse sin pesadez.

BLUSA: MANGAS, CAMPESINOS Y LA EMPERATRIZ

Con el **Renacimiento**, las mangas se convierten en escenario del virtuosismo textil y, en el siglo xv, se populariza la manga acuchillada, una técnica que permitía que la camisa interior (blanca) asomara por aberturas en la manga del jubón o del vestido. El cuerpo «explotaba» las telas y las sedas, los terciopelos o los cueros se abrían para dejar ver las camisas de mangas amplias, los cuellos adornados y plegados y los puños trabajados. En el siglo XVII, los cuadros de **Van Dyck** o **Velázquez** plasman la moda de la época: las mangas abombadas, con encajes y puños desbordantes, aunque aún contenidos bajo prendas exteriores.



En el **siglo de la Ilustración**, las camisas femeninas empiezan a parecerse más a lo que hoy llamaríamos blusas. Las mujeres llevaban *chemises* debajo de los corsés y *robes* y, al final del siglo XVIII, aparece una revolución estética: la *chemise à la reine*, que **María Antonieta** popularizó. Era una prenda blanca, suelta, de muselina, con mangas cortas o tres cuartos muy amplias, inspirada en la vestimenta de las esclavas del azúcar y el algodón en América. El vestuario interior dio paso al exterior, aunque aún tardaría en consagrarse como una prenda respetable y profesional.

‘Blusa’ y ‘blusón’, eran términos que en el **siglo XIX** se utilizaron para definir prendas populares, de raigambre campesina, por trabajar con ellas sin nada más encima, igual que llevaban haciendo los campesinos desde milenios. Puede que la moda surgiera por influencia de las camisas rojas de la Expedición de los Mil de Garibaldi en Sicilia, pero en femenino, y en blanco, y que se

extendieran por ser adoptadas por las italianas, en señal de apoyo a la causa nacionalista. En estrecha relación con esto, y por influencia de las conexiones entre los carbonarios italianos y el emperador de los franceses Napoleón III, se cree que fue la adopción de la blusa por su esposa, **Eugenia de Montijo**, en la década de 1860, contribuyó a su éxito. Estas blusas se llamaron en la época camisas Garibaldi y hay fotos de mujeres de la década con ellas... Aunque hay otra teoría que dice que se difundió por influencia de los marineros franceses que, al igual que en la Revolución francesa los *sans culottes* promovieron los pantalones, usaban un tipo de ropa relacionada con la del campesinado y los trabajadores más humildes; entre ella se encontraba la blusa.

MINIFALDA: BIOGRAFÍA DE UN ESCÁNDALO

Junto con las representaciones de venus paleolíticas y de mujeres en pinturas rupestres, en cronologías más recientes se han encontrado trajes femeninos con falda corta. Por ejemplo, en la tumba de Egtved, en Dinamarca, perteneciente a la Edad del Bronce, se ha hallado un conjunto de mujer formado por una faldilla de cordoncillo con cinturón adornada con flecos. Y, en climas más cálidos, en Mesopotamia o en Egipto, abundan las representaciones de varones con faldas, a menudo no más largas de la rodilla. Pero es cierto que, aunque el cuerpo desnudo no fue un tabú



y que en Grecia, e incluso en Roma, se cultivaba, sobre todo para los varones, las piernas femeninas, igual que el cabello, pronto se cubrieron.

Durante la Primera Guerra Mundial, la escasez de telas y la necesidad de ropa práctica llevaron a una verdadera revolución: las faldas empezaron a subir hasta la pantorrilla. Fue la primera vez que las mujeres caminan por las ciudades mostrando parte de la pierna (aunque enfundada en medias

poco transparentes) sin demasiado escándalo. Hacia 1915 el largo a media pierna es el estándar y, en los años veinte, aún subirá: hasta la rodilla, sobre todo en trajes de noche.

La **moda flapper** de los años veinte crea un nuevo cuerpo femenino —más plano, sin corsé, libre para bailar y fumar— y convierte la falda corta (igual que el cabello) en emblema de una revolución generacional. En la siguiente década, por influencia del cine y de la Gran Depresión, la silueta volvió a suavizarse y la falda más larga volvió pero, a partir de los años cuarenta, por influencia de la Segunda Guerra Mundial, el largo sube a la rodilla. En los años cincuenta, gracias a Balenciaga y a **Christian Dior**, las faldas descendieron, con no pocas protestas, pero **Coco Chanel**, con su propuesta del traje de chaqueta a la rodilla, restableció las libertades con que se había iniciado el siglo.

(...) A partir de 1964, diseñadores como **André Courrèges**, **Mary Quant** y **John Bates** comercializan estas piezas con gran éxito, y escándalo, en Europa. **Rudi Gernreich** y **Jacques Tiffeau** en Estados Unidos les imitan, o hacen lo mismo, firmando versiones de marca de una tendencia creciente, así como **Pierre Cardin** e **Yves Saint Laurent**, en Francia. La minifalda nace, con una línea que imita una A, de forma oficial: como símbolo de una juventud autónoma, con poder adquisitivo, sexualidad propia y ganas de cambiar el mundo... y acompañada de botas altas de tacón, medias de colores y materiales sintéticos acordes a la era del plástico. El escándalo internacional fue muy considerable, pero la minifalda había vuelto para quedarse.

SUJETADOR: HERA, AFRODITA Y CATALINA DE MÉDICI

Una de las primeras menciones al sujetador aparece en el episodio que suele conocerse como el de la faja de Afrodita, que se recoge en la *Ilíada*. En la obra, Hera pide ayuda a la diosa del amor para seducir a Zeus y recibe de ella una prenda mágica infalible, que a veces se llama cinturón, pero que le explica que se coloca en el pecho. Es posible que guarde relación con las fajas o corsés que se han hallado en las figuras de las «diosas de las serpientes» de la civilización minoica, en Creta, datadas hacia el 1600 a.C.; si bien estas dejan los pechos desnudos y los realzan.

No obstante, el sujetador es una prenda contemporánea, vinculada al fin del corsé tras la Primera Guerra Mundial.

A Catalina de Médici, que llegó de Florencia a la Francia del rey Enrique II, se le atribuye la introducción del corsé de metal en la corte de Francia, hacia 1550, aunque los cuerpos de lino endurecido con una pieza central rígida, normalmente de madera, sujeta con un cordón, o el cartón o la tabla de pecho fueron habituales en ese siglo.

(...) En 1914, la estadounidense Mary Phelps Jacob patentó un modelo aún más innovador: confeccionó con pañuelos de seda y cintas una prenda sin ballenas, ligera, cruzada en la espalda. Lo hizo para poder llevar un vestido con escote sin que se viera el corsé, motivo por el que, en la patente registrada, el nombre era Backless Brassiere. Este producto es la base de los sujetadores actuales. En los años treinta, cuando se introdujo en Estados Unidos el sistema de tallas de copa (A, B, C, D), que permitió una fabricación más personalizada, ya estaba completamente extendido. Tras la Segunda Guerra Mundial, los sujetadores se armaron y los modelos cónicos, conocidos como de bala o torpedo, crearon una figura sensual que el cine aprovechó, igual que lo había hecho antes. La publicidad promovía el sujetador moldeador como símbolo de feminidad y autoestima. El recuerdo de mujeres como Mata Hari o la Bella Otero se iba difuminando, pero las nuevas diosas del amor, con pechos de fantasía, eran ubicuas.



No necesitas ser un experto en moda para disfrutar este libro: solo tener curiosidad por lo que vestimos y por cómo el pasado condiciona el estilo actual. Aquí hay anécdotas, datos raros, momentos históricos... y mucho estilo.

Un viaje por el tiempo, los continentes y los cuerpos a través de la ropa. *Historiones de la moda* demuestra que vestirse es también una forma de hacer historia... y de contarla con humor, inteligencia y mucho estilo.

MEDIAS: MUSLOS, PARACAÍDAS Y MUJERES

Cuando pensamos en medias, normalmente imaginamos esas prendas finas, ajustadas, que cubren las piernas desde los pies hasta el muslo, y que suelen ser un accesorio típico femenino. Pero las medias no siempre fueron así, ni para mujeres. De hecho, al principio eran una prenda masculina. Los hombres paseaban por las calles luciendo sus calzas ajustadas, que cubrían sus piernas hasta justo debajo del muslo, sujetas con ligas o ligueros. No eran medias finas, como las actuales, sino prendas gruesas y duras, forradas con telas pesadas. Sin cremalleras ni tejidos elásticos, estas calzas eran un suplicio; los cortesanos contaban que, tras lucirlas durante horas, apenas podían andar ni mantenerse de pie.

Las mujeres no usaban esas calzas, aunque sí utilizaran vendas o medias de punto, porque sus vestidos largos llegaban hasta el suelo y sus piernas nunca estaban expuestas. Los hombres, por el contrario, con sus túnicas o ropas cortas, sobre todo a partir de la Edad Media, necesitaban cubrirse las piernas. Ya en el Imperio romano, cuando la extensión del mismo superó los límites del Mediterráneo, se introdujeron en la vestimenta masculina los pantalones bárbaros.



Todo cambió con la **Revolución francesa**. La moda de la corte, con sus calzones y medias masculinos, se evaporó en un aire de libertad y los pantalones largos, que no se usaban desde la antigüedad, regresaron. Los *sans-culottes*, que no llevaban calzones ni medias, eran vistos como símbolo de los nuevos tiempos y la igualdad. Y entonces, poco a poco, las medias fueron conquistando el mundo femenino.

El **descubrimiento de las medias de punto elástico**, un tipo de tejido que permitió que las medias fueran prendas ajustadas, flexibles y resistentes, mucho más cómodas que antes, lo cambió todo. Fue un invento revolucionario que permitió que las medias dejaran de ser simples fundas para las piernas y se adaptaran a su forma, marcando mejor la figura. Las primeras medias se hacían a mano con máquinas muy rudimentarias que imitaban el movimiento de los dedos al tejer. La fabricación era complicada y costosa, ya que se tejían con materiales como la lana, dependiendo de la época y la clase social. Por eso, las medias eran artículos de lujo y símbolo de estatus.

(...) «Medias de cristal»: no fue hasta la aparición del nailon en 1935 que estas fueron creadas por **Wallace Carothers**, en 1940. Su resistencia era tal que decían que eran más fuertes que el acero y prácticamente irrompibles, a diferencia de las de seda. Pero, durante la Segunda Guerra Mundial, por la necesidad de usar estas fibras para fines bélicos, las mujeres no pudieron encontrar con facilidad medias, lencería o ropa fabricada con estos productos. Eran los soldados, que usaban mapas de seda que no se arrugaban ni se deshacían al mojarse, y sobre todo los aviadores, que necesitaban la tela para los paracaídas, quienes tenían acceso al nailon. Por eso, hasta los años cincuenta las medias finas y transparentes no se popularizaron.

CONTENIDOS DEL LIBRO

Presentación

CAPÍTULO 1: ROPA DEL FRÍO

El manto del invierno

- Bomber: ¿me recibes?, cambio y corto
- Poncho: cobijo, mortaja y revolución
- Mono: un manifiesto con cremallera
- Gabán: el origen del abrigo
- Macferlán: Ulster, Inverness y Francia
- Trenca: tela belga, ropa polaca y un oso peruano
- Parka o anorak: focas, peces y zorros polares
- Gabardina: barro de trinchera y asfalto de ciudades
- Impermeable: serendipia en el laboratorio
- Abrigo camel: caballos, osos, borregos

CAPÍTULO 2: ROPA DEL CALOR

La tela justa

- Bermudas: ni largas ni cortas ni todo lo contrario
- Pareos: del Tahití de Gauguin a los hippies de Ibiza
- Camisa hawaiana: ¿seguro que es de Hawái?
- Bikini: átomos y cabarés
- Guayabera: de China a América
- Caftán: ríos, membrillos y rusos
- Tank top: sin mangas, con piscina
- Sahariana: safaris con estilo
- Zaragüelles o sarouel: bailes, caballos y cabras
- Saris: ligeros pero llenos de significado

CAPÍTULO 3: ROPA DE VESTIR

En el armario

- Blusa: mangas, campesinos y la emperatriz
- Minifalda: biografía de un escándalo
- Vaquero: azul de Génova, tela de Nimes, oro de América
- Bragas/calzones: soldados, jinetes y boxeadores
- Sujetador: Hera, Afrodita y Catalina de Médici
- Camisetas: Marlon Brando y el vicio en Miami
- Blazer: remar entre la niebla

- Estar en el ajo
- Traje sastre: Coco Chanel (no) está contenta
- Chaleco: el rey que marcó silueta

CAPÍTULO 4: ROPA VIEJA

Pasado de moda

- Quitón: mujeres furiosas y lino
- Sago: la guerra y la paz
- Saya: bosques, vascos y españoles
- Kimono: grullas, flores de cerezo y volcanes
- Cheongsam: chinos, banderas y flappers
- Kepenek: pastores, sol de Anatolia y acordes del saz
- Hennin: las princesas de cejas afeitadas
- Kilt: romanos y caledonios
- Stola: matronas y ministros
- Toga: el misterio del brazo romano

CAPÍTULO 5: SOMBREROS

A la manera de Alicia y el sombrerero loco

- Boinas: de Roma a Cuba, del campo a la revolución
- Chistera: castores, peregrinos y dinero
- Fedora: más que una película de Billy Wilder
- Panamá: el jipijapa de Teddy Roosevelt
- Gorra de béisbol: los bravos tigres
- Turbante: el secreto azul
- Mitra: romanos y romanos
- Cloche: campanas de libertad
- Bicornio: Felipe II y Napoleón
- Salacot: Tintín en el Congo y Melania Trump

CAPÍTULO 6: ZAPATOS

Vestirse por los pies

- Chanclas: calzando a Tutankamón
- Náuticos: la huella canina
- Botas de lluvia: Wellington y Katiuska
- Mary Janes y merceditas: de niña a mujer (sofisticada)
- Mocasines: indios y mastines
- Chapines: tap en Castilla, tap en Venecia
- Zuecos: entre cajas y barro
- Bailarinas: Manolete y Audrey Hepburn
- Babuchas: dos gacelas silenciosas
- Oxford: campesinos y tierra húmeda

CAPÍTULO 7: ACCESORIOS

La grandeza de lo superfluo

- Medias: muslos, paracaídas y mujeres
- Corbata: un nudo en el corazón
- Reloj de pulsera: Josefina Bonaparte y los aviones
- Chal: Frida Kahlo en Cachemira
- Guantes de ópera: el becerro perfumado
- Abanico: ventales de oro y *made in China*
- Paraguas: nubes y claros, sedas y ceras
- Pajarita: Frank Sinatra canta a Luis XIV
- Manguito: Anna Karenina y Paul Poiret
- Lúnula y bulla: collares para los niños

CAPÍTULO 8: ROPA DE CASA

Bellas historias cotidianas

- Albornoz: lanas, caballos y baños
- Toalla: un extraterrestre en Pompeya
- Bata: la carga de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales
- Camisón: las piernas del señor Scrooge
- Pijama: dormir con Barba Azul
- Pantufla: la tabaquera de Sherlock Holmes
- Delantal: esclavos y esclavas
- Babero: Rousseau y Dickens
- Toquilla: niños, mentirosas y viudas
- Esmoquin: y, mientras fumo, la vida y perfume

Crédito de las imágenes

La autora

Sobre la autora

ANA VELASCO MOLPECERES (Valladolid, 1991), profesora de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, es Graduada en Historia del Arte (UNED), Licenciada en Periodismo (UVa), Graduada en Geografía e Historia (UNED), Máster en Investigación de la Comunicación (UVa) y Posgraduada en Historia y estética del cine (UVa). Doctora en Comunicación (UVa), con una tesis sobre la moda y el cambio social, y doctora en Historia Contemporánea (UCM), con un trabajo acerca del cuplé en España, está especializada en la historia de la moda y la modernidad. Desde 2015 se dedica a la investigación y a la docencia, tareas que compagina con la escritura.

Esta obra es su sexto libro dedicado a la moda, tras: *Moda y prensa femenina en España (siglo XIX)* (2016); *Historia de la moda en España. De la mantilla al bikini* (2021); *Ropa vieja. Historia de las prendas que vestimos* (2023); *La moda en el franquismo. Tul ilusión y arriba España* (2024) y *La moda española 1898-1936. Ballenas, apaches y cocaína en flor* (2025). También ha publicado la novela *Eugenia de Montijo* (2021), que ha sido traducida al italiano. Ha colaborado y colabora en diversos medios de comunicación: *Efecto Doppler* (Radio 3), el magazine de TVCyl, *Historia National Geographic*, *El gallo que no cesa* (RNE), *Crónica de España* (RNE), *Herrera en COPE* o en el podcast *Habitar la posteridad* (COPE).



Ropa, historia y curiosidades: el trío perfecto.

Este libro mezcla el rigor de la investigación con la chispa de las buenas historias. Leerlo es como ojear una revista divertida y llena de artículos graciosos. Ideal para aprender, reírse y sorprenderse.

HISTORIONES DE LA MODA

Ana Velasco Molpeceres

Geoplaneta, 2025

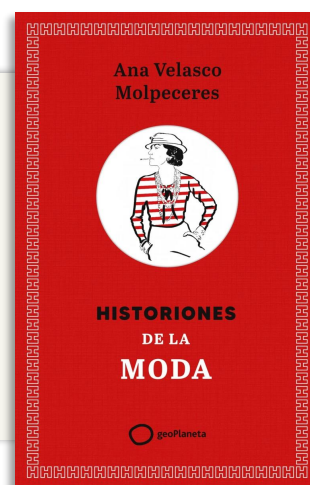
11,5 x 18 cm.

288 páginas

Cartoné

PVP c/IVA: 19,95 €

A la venta desde el 19 de noviembre de 2025



Para más información a prensa y entrevistas:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Geoplaneta/ Lonely Planet

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es

